



APUNTES BIOGRÁFICOS

DE

D. JOSÉ DE MANJARRÉS.

Es muy cierto que el poner como prólogo de un libro la biografía de su autor no aumenta ni disminuye por lo comun el mérito de la obra. Sin embargo, dado el asunto especial que en esta se trata, importa al lector conocer al que la escribió, para poder de este modo apreciar las razones en que fundó su criterio y los acontecimientos que fortalecieron sus convicciones. Tanto aquél como estas, si no nacen de las mismas circunstancias en que nos encontramos durante nuestra existencia, se ven por lo menos corroborados ó destruidos por las lecciones de la experiencia, la cual al fin y al cabo viene á ser la suma de los actos de nuestra vida pública y privada. El autor de este libro es una de las más puras glorias de Cataluña; y dadas estas razones, júzguese si este prólogo biográfico tiene ó no tiene razon de ser y si le importa al lector identificarse con el autor del libro.

Don José de Manjarrés y de Bofarull, nació en Barcelona en 15 de Mayo de 1816. Fueron sus padres D. José de Manjarrés y de Valdés, abogado y á la sazon administrador general en Cataluña del Exmo. Sr. Duque de Hijar, y D.^a Francisca de Bofarull y de Mascaró, hija de una antigua é ilustre familia de Reus. Fué Don José el primer fruto de este matrimonio y como sus padres

tenían una posicion, aunque modesta, desahogada para las necesidades sociales de aquellos tiempos, y figuraban en la buena sociedad de Barcelona por su cuna, por su trato distinguido y por su carácter franco y afable, recibió aquél desde muy pequeño una instrucción esmeradísima, á la que se prestó perfectamente su bondadoso carácter, su aplicación y su docilidad extremadas. En sus juegos lo mismo que en sus estudios presentaba ya Manjarrés rasgos de carácter que tuvo hasta la hora de su muerte. Nunca intentaba hacer la menor cosa sin el firme propósito de llevar á cabo aquél acto de la mejor manera posible. Cuidadoso hasta con sus mismos juguetes, que doce años después morían á manos de su hermano menor, franco y cariñoso con toda la familia, era citado constantemente como ejemplo de bondad y de docilidad hasta por los antiguos criados de la casa.

El abad de S. Pablo, D. Juan de Safont, recordaba con gusto el tiempo que lo tuvo en su cátedra de filosofía y los profesores de dibujo y de música que sembraron los primeros rudimentos del arte en aquel hermoso corazón hubieran podido treinta años después enorgullecerse de que aquellas semillas arraigaran tan profundamente y dieran tan abundantes frutos.

La distinguida sociedad así de artistas como de militares de alta graduación y personas de la buena sociedad que concurrían á la casa de sus padres, formaron al rededor del joven Manjarrés una atmósfera en la cual aprendió aquél trato finísimo que tuvo siempre, aquella alegría de buen género agena á la fatuidad y al empaque y amaneramiento que á menudo se notan en el trato de aquellos cuya educación ha carecido de una sólida base.

El trato con artistas, como el célebre barítono Badiali, el conocido tenor Verger y la amistad con excelentes aficionados á la música, especialmente su señor tío D. Gabriel de Manjarrés, persona citada en aquella época en Barcelona como modelo de distinción y de hombre culto, desarrollaron en él una decidida afición á la música; y con la constancia que le caracterizaba llegó á tocar el piano con una delicadeza poco común en aquellos tiem-

pos. Sus ratos de ocio, los empleaba principalmente en la pintura á la aguada, en la cual adquirió mucha facilidad, teniendo gusto en representar las escenas más notables de las principales óperas que se daban entonces en el único teatro que tenía Barcelona.

Llegó el momento de emprender estudios más serios y su padre lo dedicó á la carrera de leyes, á fin de que pudiera heredar su bufete y sus relaciones. Cursó con provecho parte de su carrera en Cervera y parte en Huesca. Vistió el manteo y el tricornio, haciendo la vida alegre y bulliciosa de los estudiantes de aquella época, tomando parte en todas las fiestas que tan fácilmente organizaban aquellas alegres y turbulentas masas de jóvenes que se encontraban temporalmente libres de las trabas del hogar paterno.

¡Cuántas veces le oímos recordar con alegría aquellos tiempos de su juventud, y los graciosos episodios de aquella vida semi-aventurera!

Hizo sus estudios con aplicación y aprovechamiento, distinguiéndose por su afición á la literatura y á la poesía y su dicción castiza y esmerada.

Concluida su carrera de abogado en 1839 hizo la práctica en el bufete del conocido jurisconsulto D. Juan Batlle; empezando luego á trabajar al lado de su padre como abogado consultor de la casa del Excmo. Sr. Duque de Hijar, ingresando en el ilustre colegio de abogados de Barcelona.

Inauguró brillantemente su carrera, defendiendo y ganando algunas difíciles cuestiones; sin embargo, la literatura y las bellas artes le llamaban más la atención que los pleitos. Su amistad con los célebres actores Latorre, Mate, Arjona y otros de aquella época le dispertó el entusiasmo por las obras teatrales de nuestros grandes poetas y esto motivó el que se dedicara á serios estudios literarios. De entonces data su afición á la lectura en alta voz, que practicó con el actor Mate, la cual hacia de una manera agradabilísima, gracias á su buen acento y al arte sin afectación que había cultivado.

Contrajo entonces amistad con el pintor D. José Arrau y Barba, quien acababa de llegar de un viaje artístico por Italia.

Tambien este había abandonado su carrera de escribano para dedicarse exclusivamente al arte; y habiendo tomado extraordinaria afición á Manjarrés, se propuso completar su educación artística. Enseñóle el dibujo geométrico, que entonces estaba todavía en estado rudimentario; adiestróle en la pintura á la aguada con tinta china y dióle algunas lecciones de arquitectura y de pintura al óleo. Como dicho profesor acababa de fundar en la escuela de la Junta de comercio una enseñanza de dibujo de adorno, asistía Manjarrés por las noches á dicha clase, donde hizo notables adelantos en la copia del yeso, modelado en barro y composicion; obteniendo todos los años los primeros premios.

Con tan decidida vocacion nada extraño tenía que la profesion de abogado le pareciera desagradable. Prefeia la tranquilidad de los estudios artísticos y literarios á las luchas del foro, llegando un momento en que ya no pudo disimular cuanto contrariaba sus naturales inclinaciones aquella profesion. En su deseo de vivir con el arte y la literatura se adiestraba en la litografía, al mismo tiempo que daba á luz sus primeros trabajos literarios.

Publicó un diccionario de bolsillo en colaboracion con D. José Dalmases: un folleto titulado «Regeneracion de la Sociedad moderna por la industria», y un libro de carácter festivo titulado «El libro verde de Barcelona», colección de cuadros de costumbres de esta capital: este último en colaboracion con el escritor D. Juan Cortada, al cual le unia una franca amistad.

Durante la guerra civil de los siete años Manjarrés formó parte de la Milicia nacional, sobre todo de la que reorganizó el Baron de Meer, con los elementos que él consideró más importantes y de mayor arraigo en el país. Hombre esclavo de sus deberes, cumplió los anejos á la fuerza armada, sin esquivar los peligros y fatigas cuando llegó el caso. De ideas tolerantes en política, no se afilió decididamente á ninguno de los bandos que desgarraron la patria con sus luchas intestinas, aspirando á un

justo y regulado progreso, y lamentando por igual los excesos de los carlistas que la intemperancia de los demagogos. Amante del progreso en cuanto este se refería á la prosperidad material del país, contuvo sus ideas políticas dentro de ciertos límites. Apreciaba á los hombres de valer en cualquier bando que estos se encontraran y teniendo en más su amistad que sus opiniones políticas acabó por sentir una especie de aversion por toda manifestacion política, evitando todo acto en este terreno y hasta esquivando bruscamente la conversacion cuando se entablaban en este sentido.

A fines de 1844 contrajo matrimonio con la linda señorita doña Adelaida de Gironella y Dodero, hija de D. Antonio de Gironella, antiguo banquero en Barcelona y persona bien conocida en la culta sociedad de la capital.

Dada su manera de ser no podía menos de elegir una compañera que al brillo de su cuna y á su educación esmerada reuniera dotes naturales de belleza tal como él la sentía. Era entonces Manjarrés de estatura regular, de buen porte y facciones agraciadas. Existen dos retratos de cuando joven, ambos en traje de estudiante y hechos por el pintor Arrau. Uno de ellos forma parte de un grupo de estudiantes; y otro, que posee la familia, es de pequeña dimension y está sentado en actitud de tocar la guitarra: en ambos está perfectamente caracterizado por su mirada de miope y su sonrisa habitual que revelaba la franqueza de su carácter.

A principios de 1854 Manjarrés perdió á su padre. Hacia tiempo que la fortuna se mostraba muy esquiva con aquella familia. La casa de Hijar había perdido toda su importancia en Cataluña y aquel anciano se vió en los últimos años de su vida reducido á una situación poco alhagueña. Manjarrés se encontró jefe de una familia falta por de pronto de recursos para sostener el brillo de su cuna. Mas no por esto desmayó. Como había previsto que le había de faltar el apoyo para continuar en la carrera de abogado, disponía de recursos para sostener su posición y sin abandonar

la educación de sus dos hijas y sin dejar de atender al porvenir de su hermano menor, para quien fué siempre padre cariñoso, entró de oficial primero en la secretaría de la Diputación provincial, donde contribuyó de una manera notable al planteamiento de la Casa de Maternidad y Expósitos de Barcelona y á la recogida de la antigua moneda de cobre catalana. No era por cierto esta la primera vez que Manjarrés prestaba sus eficaces servicios en asuntos de interés general, pues ántes había contribuido al mayor desarrollo y buen régimen de la Caja de Ahorros de Barcelona, habiendo hecho tambien notables trabajos en la Sociedad Económica de amigos del país, á la cual pertenecía desde Marzo de 1846 y en el Instituto Agrícola Catalan de San Isidro en la época de su creacion.

En Setiembre de 1847 obtuvo el título de regente en la asignatura de Historia general y particular de España y en Marzo de 1849 el de Bachiller en la facultad de Filosofía.

Sus conocimientos artísticos y arqueológicos le habian valido ya desde 1847 el título de socio honorario de la Asociacion arqueológica de Tarragona, donde tuvo ocasion de hacer frecuentes excusiones y estudios; y desde Mayo de 1848 pertenecía á la Real Academia de Buenas letras de Barcelona, donde en varias ocasiones demostró sus sólidos conocimientos. Aunque su carácter, en la época á que nos referimos, habia perdido algo de aquella expansion propia de la juventud, era Manjarrés amigo de conversar con los jóvenes y así como no podia reprimir un movimiento de disgusto cuando oia una palabra inconveniente, tenia gusto especial en alternar con gente alegre y decidora. Nunca le faltaba una anécdota que referir, un ejemplo que citar, una observacion atinada que hacer.

En aquella época, despues de la muerte de su padre, hizo su primer viaje á Madrid con el objeto de saldar antiguas cuentas con la casa de Hijar. Allí puede decirse que completó sus estudios artísticos y contrajo amistades con varias personas importantes, en especial con D. Federico de Madrazo, naciendo entre

él y el célebre artista un mútuo afecto que duró toda la vida.

A su regreso á Barcelona y despues de la expatriacion forzosa por causa de la epidemia del cólera morbo que affligió á Barcelona en 1854, puede decirse que se dedicó completamente á la vida artística. Hizo especiales estudios sobre la educacion artística y literaria de la mujer y las principales familias de Barcelona se disputaban el poco tiempo que tenía libre para que completara la educacion de sus hijas. Tuvo para esto singular tacto y habilidad; publicó un librito titulado: *Guia de Señoritas en el gran mundo*, del cual se han agotado tres ediciones. Enseñaba el dibujo por métodos fáciles y razonados y en cuanto á la instruccion científica de la mujer, la limitaba á unas bien entendidas nociones de geometría, despues de las cuales pasaba á la geografía y de aquí á la historia. Las lecciones de esta última materia, que daba manuscritas á sus alumnas, estaban trazadas con un plan tan sencillo y tan lógico que bien merecería que alguna de sus aven-tajadas discípulas las diera á la imprenta.

Desde Mayo de 1852 era Manjarrés individuo de la Academia provincial de Bellas Artes y en Diciembre de 1856 el Exmo. señor Marqués de Alfarrás, presidente de dicha Academía, nombróle profesor interino de la clase de Teoría é historia de las bellas artes, cuyo cargo habia renunciado D. Claudio Lorenzale. Asignatura que conocia no solamente por los estudios que de ella habia hecho, sino por haber asistido á las lecciones del primer profesor en la misma D. Pablo Milá y Fontanals, á cuyas indicaciones debió su nombramiento.

Más tarde, en Abril de 1857, el Gobierno confirmó dicho nombramiento interino.

Literato concienzudo y distinguido crítico en arte, eran siempre recibidos con aplauso los trabajos que presentaba ó leia en las sociedades á que pertenecia, en especial en el Ateneo Barcelonés, en cuyas veladas literarias tan pronto leia profundos artículos sobre bellas artes como bellísimas poesias sobre asuntos unas veces serios y otras festivos.

Desde la inauguracion del teatro del Liceo de Barcelona tomo parte activa en la direccion artística de sus representaciones, estudiando los trajes y el decorado para que se presentara con propriedad y dando los dibujos ó figurines, para cuyo trazado tenia suma facilidad; concluyendo por ser solicitado como director de escena, especialmente para las óperas de grande espectáculo; mision muy adecuada á sus conocimientos artísticos, históricos y arqueológicos. A él se debe una buena parte del éxito que alcanzaron algunas óperas puestas en escena con escrupulosa propiedad en Barcelona, cuando todavía no se conocia en otras capitales esta exigencia del Teatro moderno: entre ellas merecen citarse en primer lugar *Los Mártires*, de Donizzetti, para cuya representacion estudió minuciosamente los más pequeños detalles de los trajes y armas: y *L' Africana* de Meyerbeer, para cuyo vestuario hizo un viaje á Milan; renovando algunos años despues todos los trajes y detalles, que con una actividad asombrosa hizo confeccionar en pocos dias contando sólo con elementos del país; á él se debe igualmente el plan del decorado y dibujo de los trajes de la grandiosa ópera *Aida*, de Verdi, puesta en escena en el Liceo con una propiedad y magnificencia que honran ciertamente á quien la dirigió.

En Julio de 1857 obtuvo la cátedra de Teoría é historia de las Bellas artes en propiedad, en virtud de oposicion hecha en Madrid ante la Academia de nobles artes de S. Fernando, asegurando entonces la modesta posicion de Catedrático de la Escuela de Bellas Artes á que tanto tiempo hacia que aspiraba. Ni su edad ya madura, ni el descrédito que puede traer un percance en un acto de esta clase le detuvo ante la idea de llegar á su bello ideal. El éxito más lisonjero coronó su firme resolucion, pues no sólo tuvo unanimidad en el tribunal sino que particularmente los jueces del mismo le colmaron de elogios. En la cátedra demostró un celo extraordinario por la enseñanza, introduciendo todos los medios auxiliares que juzgaba conveniente, con aquel método suyo especial que hacia fácil lo más difícil é intrincado y con

aquella conviccion íntima que sabia imbuir á sus alumnos, no transigiendo nunca con lo que él consideraba contrario á la pureza del arte, si bien sin limitar ni poner trabas de ningun género al talento, una vez educado en los sanos principios de la Estética.

Nombrado secretario de la Escuela de Bellas Artes, cargo que desempeñó desde Julio de 1862 hasta Abril de 1874, contribuyó con el Director, que á la sazon lo era D. Claudio Lorenzale, al desarrollo de la enseñanza del dibujo artístico industrial en aquella Escuela. Entabló una activa correspondencia con su señor hermano, entonces director de la Escuela industrial de Sevilla, sobre la relacion y enlace que debe haber entre la enseñanza puramente industrial y la artística; y aquella correspondencia, que conserva íntegra la familia, contribuyó al plan de enseñanza que, propuesto al Gobierno por dicho Sr. Lorenzale, recibió la sancion superior, siendo puesto en práctica inmediatamente. Tambien la Academia le confió distintas comisiones que llevó á cabo con el celo é inteligencia con que lo hacia todo, organizando la biblioteca de dicha Escuela y tomando la iniciativa para la primera Exposicion retrospectiva que tuvo lugar en los extensos salones de la Casa Lonja.

Como catedrático, creyó que no cumplia su mision si no publicaba una obra de texto de su asignatura: así es que en 1859 escribió la «Teoría é historia de las bellas artes», en cuyo libro expone de una manera clara y magistral los principios que profesaba. No era Manjarrés hombre que se encariñase con sus obras; ántes al contrario decia á menudo que *las cosas para hacerse bien deben hacerse dos veces*; fiel á este principio y sin esperar á que se agotara la primera edición de su obra, no teniendo en cuenta el perjuicio material que esto le traia, en 1874 publicó una refundicion de aquella bajo el título de «Teoría estética de las artes del dibujo», que dedicó á la Academia de San Fernando.

Invitado en 1868 por el señor director de la Escuela de bellas artes D. Claudio Lorenzale, dió en dicho establecimiento unas

lecciones dominicales sobre aplicacion del arte á la industria, á favor de las leyes de instruccion pública, á la sazon vigentes, que permitian cátedras libres.

Formalizó más adelante en 1872 tales lecciones, como asignatura, en atencion á que el Gobierno las admitió en el programa de aquella escuela; siendo protegida su enseñanza por la excellentísima Diputacion de la Provincia, despues de haberse encargado de ella á invitacion del mismo señor Director y cuerpo de profesores.

Procuró Manjarrés el fomento de las colecciones de objetos antiguos para el estudio de la arqueologia, y como individuo de la Comision provincial de Monumentos estuvo encargado del Museo de antigüedades que instaló en la Real capilla de Santa Agueda. Redobló allí su celo para colocar de una manera digna aquellos objetos; los ordenó y clasificó publicando el primer catálogo de aquellas venerandas reliquias; obra que no podia dejar de ser incompleta, pero que se proponia mejorar y completar más adelante.

Tanto trabajo desinteresado le atrajo el aprecio y consideracion de cuantos tuvieron ocasion de conocerle, pero nunca pensó en que sus afanes pudieran tener otra recompensa. Concluida, sin embargo, la guerra de África tuvo encargo de dirigir cierta obra artistica conmemorativa, por cuyo trabajo fué agraciado con la cruz de caballero de la Real y distinguida orden de Carlos III; distincion que aprecio por lo mismo que nunca pensó en pedir gracia alguna. Otra recompensa forma parte de su hoja de méritos, y es el premio que le adjudicó la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando por su memoria titulada «Teoría estética de la Arquitectura» que presentó en el certámen abierto en 1866 por dicha corporacion.

Era tambien académico de número de la Academia Florentina de las artes del dibujo y de la de Bellas artes de Milan, desde 1876.

Ademas de las obras indicadas tenia publicadas otras varias

dignas de estudio, tanto por el concepto de las **mismas**, **como** por el método expositivo y claro y su estilo elegante sin afec-tacion.

El «Museo europeo de pintura y escultura» fué una obra nota-ble que publicó en 1860, en 14 volúmenes, con 1016 láminas, acompañadas de descripciones, juicios críticos, biografías é índi-ces. Cuidaba Manjarrés en sus escritos no sólo de hacer fácil de comprender cuánto decia sino que evitaba, hasta dentro del arte y de la ciencia, admitir palabras extranjeras, encontrando siem-pre palabras castizas castellanas para todo. Una de las cosas que habíamos oido elogiar al difunto profesor de filosofía de la universidad de Barcelona D. Francisco Javier Llorens es la idea del vocabulario auxiliar de la parte teórica que Manjarrés puso al final de la obra que servia de texto en su clase. «Si todos los autores de ciencias y de artes hicieran otro tanto, decia Llorens, no solamente se harian más inteligibles por todo el mundo, sino que se estableceria mayor unidad en el lenguaje.»

«El Arte en el Teatro» es un libro curioso é interesante lleno de observaciones atinadas, sacadas de la práctica, y de lectura sumamente amena, que publicó en 1875.

Sus manuales sobre arqueología son dos obritas didácticas de gran estima y que contribuyeron no poco á cimentar más y más su sólida reputacion; pues tanto el que trata de la arqueología en general, como el de *Arqueología cristiana* encierran los prin-cipios fundamentales que ha de conocer el que quiere profundizar despues estos conocimientos.

En sus excusiones á Zaragoza, Tarragona, Toledo, Córdoba, Sevilla y Granada estudió profundamente el carácter de nuestros antiguos monumentos, recogiendo apuntes y datos preciosos y aumentando el caudal de sus conocimientos; habiendo hecho un viaje á Paris para estudiar sus museos y sus colecciones.

Habia empezado Manjarrés su carrera cuando se iniciaba el movimiento literario catalanista, y en los albores de éste leia con gusto y aplaudia al *Gaiter del Llobregat* y á otros que con fresca

imaginacion cantaban las glorias de Cataluña, describían sus costumbres ó pintaban sus poéticas montañas. No podía menos de ser así, pues Manjarrés era un catalán de corazón. Complacíase en ver representadas en el Teatro nuestras costumbres, nuestras creencias y los rasgos de proverbial honradez y de carácter del pueblo catalán. Sin embargo, no siguió el movimiento literario catalanista más que hasta el punto en que creyó que no podía perjudicar á la unidad de la patria y al cultivo de la lengua castellana cuyo descuido lamentaba. En estos últimos años tan sólo le habíamos oido hablar con entusiasmo de *L' Atlántida*, de Verdaguer, existiendo inédito un fragmento de la misma que tradujo en verso castellano.

A principios de 1870 murió su cariñosa y anciana madre. Casadas posteriormente sus dos hijas, á quienes amaba entrañablemente, entró en un período de su vida en que limitados los cuidados de la familia podía consagrarse enteramente á legar á la posteridad el fruto de sus estudios.

Había construido en la casa en que habitaba, propiedad de la familia Gironella, un departamento destinado exclusivamente á estudio y escuela de dibujo. Allí pasaba la mayor parte del día dedicado á la enseñanza del dibujo y á ordenar los materiales acumulados durante tantos años.

Allí escribió en 1875 «Las Bellas artes: historia ilustrada de la arquitectura, de la escultura y de la pintura» en el cual se revela el sólido criterio artístico robustecido por tantos años de estudios perseverantes. Esta obra, que dedicó á la Exma. Diputación de Barcelona, puede decirse que es el resumen de sus profundos conocimientos.

Publicó también un excelente manual de «Dibujo preparatorio para carreras especiales y un folleto titulado «Las artes suntarias» que fué lo último que vió la luz pública.

Omitimos hablar de un sinnúmero de folletos sobre varios asuntos de arte y artículos críticos que publicó en varios periódicos y revistas así como de otros trabajos que revelan su gran

laboriosidad y una existencia dedicada exclusivamente al arte.

Sus estudios artísticos fomentaron su afición á la música, que apreciaba y juzgaba con criterio de verdadero artista. Tenía afición y gusto especial en indicar los efectos de claro oscuro en las piezas que oía en el piano y marcaba con precisión la manera de imprimir en ellas todo el efecto artístico.

No admitía el exclusivismo en música, no habiendo para él más que música buena y música mala; no encontrando motivado el entusiasmo por la audición de piezas en que el rigorismo matemático de la composición no vaya acompañado de las demás condiciones que se exige en toda manifestación del arte.

Continuó dando algunas lecciones privadas á algunas señoritas, pues era solicitado para esto con empeño, y conservó siempre un gusto especial por el trato con gente joven, complaciéndose en imbuires sus ideas de buen gusto y buena sociedad. Con el mismo interés que inculcó los primeros rudimentos á sus hijos empezó á guiar la educación de sus nietos y de sus sobrinos.

Limitó algo tanto su esfera de actividad en sus últimos años retirándose de algunas sociedades á que pertenecía y rehuyendo todo debate en que podía haber acaloramiento. Sus convicciones estaban demasiado arraigadas para que las corrientes impetuosas pudieran hacer en él otro efecto que estrellarse al chocar con la firmeza de sus convicciones y de su criterio. Esta firmeza exenta de amor propio era precisamente lo que constituía su carácter especial, contrastando con su proverbial amabilidad y su excelente corazón.

El estudio y el continuo hábito de escribir ó dibujar á que con ardor y entusiasmo creciente se entregaba, exigían una posición viciosa de cuerpo, más violenta á causa de ser sumamente miope: y á pesar de que toda su vida tuvo la precaución de no trabajar de noche, contrarestando en lo posible los efectos de aquel quietismo con los paseos higiénicos á que se entregaba, ello es que su cuerpo se encorvó, más por el efecto de aquella posición que tomaba para escribir, que por el peso de los años: su cuerpo fué

demacrándose, cambiando por completo los rasgos de su fisonomía, que con la costumbre de la reflexión adquirió un poco deceño y algo de dureza en sus facciones. A pesar de esto diríase que se sentía con fuerza para vivir muchos años pues hacia planes y propósitos para el porvenir como podría hacer un joven de veinte y cinco años. La muerte le sorprendió en medio de mil proyectos que alimentaba y que se complacía en comunicar á aquellos con quienes contaba directa ó indirectamente para realizarlos: citaremos entre ellos la publicación de un *Anuario artístico*, idea que venia acariciando en estos últimos años.

El que lea el prólogo que puso en su última obra «Las artes suntuarias», no podrá ménos de sentirse conmovido al ver tanta fuerza de voluntad cuando se sienten ya decaer las fuerzas físicas.

Acababa de ser nombrado por Real orden de 11 de Junio y prévia propuesta de la Academia de Bellas artes de Barcelona, Director de la misma, y en los primeros días de Agosto de 1880 entregaba á su hermano D. Ramon, director de la Escuela de ingenieros industriales, un ejemplar de aquella obra en cuya cariñosa dedicatoria manuscrita decía: «en testimonio de pláceme por la notable coincidencia de hallarnos ambos al frente de dos establecimientos que representan la producción manufacturera del país: la Escuela de Bellas artes y la industrial; la forma y el procedimiento; viniendo á verificarse en nosotros la teoría de fraternidad indisoluble entre el Arte y la Industria.»

En medio de sus proyectos ¿preveía Manjarrés su próximo fin?... Si no es así, por lo ménos sentía que sus fuerzas le abandonaban, pues dice en dicho prólogo: «Hé aquí el cartapacio de unas lecciones de las cuales tengo hechos preventivamente ensayos, al propio tiempo que los apuntes de una obra cuya publicación no emprenderé jamás.» Concluyendo aquel prólogo con este párrafo que parece que cierra su existencia.

«Pero en los treinta y más años que acumulo materiales y combino teorías, cuanto tengo reunido no ha hecho más que

ofrecer á mis ojos todo lo vasto del campo que ha de entregarse al cultivo, y en el último tercio de mi vida no tengo esperanzas de llegar al cabo á pesar de la fuerza de voluntad de que me hallo poseido. Por esto no puedo hacer ahora más que presentar esta publicacion como una débil ofrenda de mis pobres facultades á la actividad artística industrial de mi patria y un pequeño tributo de gratitud á las personas que, así en la cátedra del Ateneo como en la libre de la Escuela de Bellas Artes, me escucharon con benevolencia.»

A mediados de Agosto debia debutar en uno de los teatros de verano la trágica doña Carolina Civili con el drama *El Gladiador de Rávena*. Buscaba Manjarrés durante la temporada de verano la sociedad que frecuentaba de noche estos teatros, y si bien hacia algunos dias que se sentia algo indisposto no quiso aquella noche faltar á aquella funcion, habiéndolo prometido asi á un apreciable actor que habia aquel dia ido á consultarle sobre el traje que debia sacar. Tuvo sin embargo que abandonar el teatro á la mitad de la funcion y meterse en cama para no levantarse ya más. Durante su vida no habia tenido enfermedad alguna. Esto y el deseo de vivir hacia que no conociera el peligro. Cuatro dias duró su enfermedad, sin que creyese en la gravedad de su estado hasta pocas horas ántes de morir, cuando los síntomas de una insidiosa pulmonía empezaban ya á ahogarle. Cuando hubo necesidad de indicarle el grave peligro en que se encontraba, confesó ingenuamente cuanto se habia equivocado en los planes y proyectos que habia alimentado; sin embargo, demostró una conformidad ejemplar y despues de recibir los sacramentos con una tranquilidad de espíritu extraordinaria, espiró en los brazos de sus hijos y rodeado de toda su familia á las 5 de la madrugada del dia 19 de Agosto de 1880.

Manjarrés no dejó una gran fortuna. Se contentaba con poderse dedicar al trabajo teniendo asegurada la subsistencia y la posición desahogada de toda su familia, pero deja una riqueza en libros y colecciones, un recuerdo indeleble en todos los individuos de

la familia y la memoria ejemplar de buen patrício y honrado ciudadano que no se olvidará fácilmente. Lo lloró Barcelona, y la prensa unánime tributó un recuerdo á la memoria de aquel que no pasó inútilmente por este valle de lágrimas, sino que sembró á su paso la semilla del bien y la del progreso, sin alardes ni excesivas pretensiones que empañan el brillo de las buenas obras.

Las escuelas de la Junta de Damas perdieron un protector que con un celo que sólo igualaba á su desinterés instaló una clase de dibujo para las niñas que asisten á aquellas, habiendo obtenido en poco tiempo grandes resultados.

Hace poco que oimos al Sr. D. Luis Rigalt, que le ha reemplazado en la dirección de la Escuela de Bellas artes, admirarse de cuanto había hecho Manjarrés y cuanto había empezado á organizar en un mes que había estado al frente de aquel establecimiento.

Con su maduro raciocinio era Manjarrés en muchas ocasiones el regulador en las cuestiones de arte, en las cuales es muy fácil que la juventud inexperta vacile sin atinar en la verdadera senda y sin conocer los linderos del campo que pisa por primera vez.

Sus escritos quedan atestiguando una vida activa, laboriosa, consecuente é intachable. Quede tambien esta ligera reseña como testimonio de lo que fué Manjarrés en su vida de sociedad y en el interior de la familia, y en la unidad y consecuencia que hubo en todos los actos de su vida; que bien puede citarse como modelo de hijo, de esposo, de padre y de hermano cariñoso, así como de hombre de carácter y de buen patrício. ¡Que Dios misericordioso haya acogido en su seno el alma de varon tan virtuoso y esclarecido!